
Hablar con Jesús

**ORAR CON...
LAS PARÁBOLAS
DEL REINO**

**...Para hacer divinos los caminos
sencillos de la tierra**

Cristina González Alba

DESCLÉE DE BROUWER

Índice

1. UN SENCILLO CUENTO.....	7
2. LA “SIEMBRA” DEL REINO.....	13
LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.....	13
Instalados en el borde.....	14
Semillas a voleo.....	17
Y así... ¿hasta cuándo?.....	20
Los perros y la liebre.....	24
Dios no pide peras al olmo.....	29
LA PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA.....	32
La mirada cuidadosa de Dios.....	33
Avasallando campos.....	36
Eliminar la navidad.....	39
LA PARÁBOLA DE LA RED.....	43
Toda clase de peces.....	44
Correr tras el viento.....	47
Ni briznas ni cizañas.....	51
Todo lo que cabe en un corazón pequeño y limpio.....	56

LA PARÁBOLA DE LA PERLA.....	59
Como los borrachos que buscan su casa	60
Poner nuevos precios.....	63
LA PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO.....	65
El Niño Jesús roto.....	66
Con siete candados.....	69
LA PARÁBOLA DE LA LEVADURA.....	73
Con las manos en la masa.....	74
3. LA PLENITUD DEL REINO	79
Lo de cada día	80
LA PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES NECIAS Y SENSATAS.....	82
¡Mientras no se acabe el aceite!	84
¿Dónde está la novia?.....	85
Y mientras tanto... ¿Vale dormirse?.....	90
¿Qué clase de aceite necesitamos?.....	92
¿Qué clase de amor necesitamos?.....	95
Las Bodas del Cordero.....	99
¡Y como en todas las bodas del mundo la novia aparece al final!.....	100

1

UN SENCILLO CUENTO

Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a él, que tuvo que subir a sentarse en una barca, y toda la gente quedaba en la ribera.

Y les habló muchas cosas en parábolas...

El reino de los cielos es semejante a una perla, a un poco de levadura, a un tesoro escondido...

Comparable a una red barreadora, parecido a un campo que recibe la semilla...

Comparable... semejante... Es cierto que no hay términos humanos para definir o comprender el Reino de Dios. Sólo podemos compararlo a un sembrador que esparce su semilla, a un publicano que reza, a un rey que invita a las Bodas de su hijo...

El Reino de Dios es esa verdad tan profunda que sólo cabe en un cuento. Eso tienen las grandes

verdades, que son capaces de encarnarse, como Dios, en la pequeñez de un niño, en la sencillez de un poco de pan, en lo simple de un relato. Y de ahí su grandeza.

El Reino de Dios, en su plenitud, es el Cielo, la eternidad, la vida que Dios tiene preparada para los que le aman. Esa gloria de Dios que, como dice San Pablo, ni ojo vio ni oído oyó, ni cabe en ninguna mente humana.

El Cielo, ahora, es inaccesible para nosotros. Después de la muerte, cuando resucitemos a la eternidad, viviremos para siempre en el Reino de Dios, lo veremos con nuestros ojos y lo oiremos con nuestros oídos. Pero, por ahora, es algo incomprendible. Su cumplimiento pertenece al futuro, por eso Jesús nos manda que en nuestra oración, pidamos a Dios que venga su reino.

Sin embargo eso no significa que el Reino de Dios sea algo independiente de nuestra vida terrena. Que el Reino esté allí, y nosotros aquí. Nada de eso. Durante nuestra vida todos estamos llamados a construir aquí y ahora el Reino de Dios, a forjarlo, a llevar la presencia divina a todos los rincones de la tierra, a disfrutar de algún modo de los bienes y tesoros del cielo. A *ir probando*, por decirlo de

alguna manera, de los manjares del banquete que Dios ha preparado para los que le aman.

No lo lograremos en plenitud en esta vida, pero, siendo los hombres seres creados a imagen y semejanza de Dios podemos vivir aquí un reino *semejante al Reino de Dios*. No el mismo, pero sí semejante, parecido.

Semejante significa que, aunque no somos capaces de amar, perdonar, comprender, compadecer o consolar como lo hace Dios, si luchamos, podremos amar, perdonar, comprender, compadecer o consolar de la manera más parecida posible.

Y de eso se trata la presencia del Reino de Dios en la tierra: de realizar en nuestra vida y en nuestro entorno esa semejanza con Dios a la que fuimos invitados en el momento de la creación, de restaurar en nosotros esa imagen de Dios que éramos antes del pecado. Dios fue destronado en ese momento y nosotros queremos que reine de nuevo.

Pero... ¿será posible? Sí, porque no estamos solos en esto, tenemos el camino y el modelo: Jesús.

“El hombre no se queda solo para intentar, de mil modos a menudo frustrados, una imposible ascensión al cielo: hay un tabernáculo de gloria, que es la persona santísima de Jesús, el Señor, donde lo humano y lo

divino se encuentran en un abrazo que nunca podrá deshacerse: el Verbo se hizo carne, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado. Él derrama la divinidad en el corazón enfermo de la humanidad e, infundiéndole el Espíritu del Padre, la hace capaz de llegar a ser Dios por la gracia” (“Orientale lumen”, n.15).

Jesús es la imagen perfecta de Dios Padre. Contemplándole a Él podemos contemplar al Padre. Al Padre, que es invisible, sólo lo podemos contemplar a través de su imagen visible que es Jesús.

El primer hombre, el hombre sin pecado original, era una imagen perfecta de Dios. Esa imagen quedó deteriorada después del pecado, y hoy, nadie que contempla a un ser humano puede contemplar con nitidez al Padre.

Sin embargo si intentamos hacernos semejantes al Padre, imitando a Jesús, podremos llegar a lograr que nuestra vida desprenda el buen olor de Cristo. Que, de alguna manera, nuestra vida “suene a reino”, que en ella se manifieste, de algún modo visible el Reino invisible de Dios.

De eso se trata la construcción del Reino de Dios. De ir forjando en nosotros la imagen de Cristo, de ir pareciéndonos a Él.

Decía la madre Teresa que cuando acariciaba a un enfermo, quería que ese enfermo sintiera, a través de sus manos, la calidez y el cariño de Dios. Y eso no es un juego de palabras, una frase bonita. Eso no es fácil de decir. Para poder decir eso con honestidad hay que pelear mucho. Hay que luchar por ser semejantes a Dios, por amar como ama Dios, por compadecerse como lo hace Dios, por consolar como consuela Dios, por acariciar como acaricia Dios.

Para decir eso con honestidad hace falta mucha intimidad con Dios, mucho tiempo de oración, mucha vida sacramental, muchos años de lucha para ir dibujando en nuestro rostro las facciones del rostro de Jesús.

El Reino de Dios es semejante a una perla, a un tesoro, a un campo, a una mujer que hace pan... A las cosas más sencillas de la vida diaria.

Pero, esa perla, ese tesoro, ese campo, esa masa de harina, esas cosas sencillas... ¿son semejantes al Reino de Dios? ¿las hacemos nosotros semejantes al Reino de Dios? ¿Será que está en nuestras manos hacer semejantes a Dios todas nuestras realidades cotidianas? ¿Será ese el secreto de las pará-

bolas? ¿Estaremos invitados por Dios a hacer divinos todos los caminos de la tierra?

¿Será eso construir el Reino de Dios en el mundo? ¿Convertir en divino el acontecimiento sencillo de la levadura en el pan, de la siembra de un campo, del encuentro con un tesoro, de una red que saca los peces del mar?

¿Será que el Reino de Dios se hace semejante a esos acontecimientos sencillos y pequeños para que esos acontecimientos sencillos y pequeños puedan hacerse grandes y semejantes a Dios?

¿Será por eso que el Señor nos dice que no andemos preocupados, que es muy sencillo, que sólo se trata de vivir lo de cada día, intentando hacer las cosas lo mejor posible, por amor, a la espera de su segunda venida, a la espera de la plenitud del reino?